

Los lenguajes del cuidado y los cuidados del lenguaje

Rafael Gagliano

Los adultos necesitan establecer un nuevo contrato con la infancia en el que proteger y educar sean tareas inseparables y esenciales, con las premisas de preservar el valor de la lengua, de la palabra y del tiempo para el diálogo.

Mientras no quiera el tiempo
Dejarme de su mano
Saldré cada mañana
A buscar con la misma reverencia
Mi diaria salvación por la palabra
Tomás Segovia

Las políticas de cuidado siempre estuvieron conectadas con los procesos de enseñanza-aprendizaje. Un buen educador siempre fue un buen cuidador. Cuidar no es solamente contener físicamente, visualmente, afectivamente a los niños y los jóvenes. Cuidar es interpelar la totalidad del ser como potencia del mundo que es cada aprendiz. Ese cuidar está indisociablemente unido a la tarea de educar, facilitar el acceso a la cultura, crear posibilidades para multiplicar las filiaciones simbólicas.

Cuidar a un niño es conocerlo a fondo, confiar en que puede conocer, dándole valor y dignidad a su voz y a la responsabilidad de estar y hacer en el mundo. Los niños descuidados se hacen rápidamente invisibles y se sienten cachorros amenazados siempre en riesgo de perder todo en cualquier momento. Al cuidar a un niño lo hacemos visible para el otro y para sí mismo y lo habilitamos para que la oruga se piense al mismo tiempo como oruga y mariposa.

Los niños descuidados enmudecen, sus palabras se pliegan y las referencias del mundo se tornan dispersas y dislocadas. Un niño descuidado no puede encontrar la relación entre las palabras, las cosas y su propia implicación anímica. Cuando se lo descuida, cuando ya no tiene un lugar seguro adonde regresar, la promesa de la diferenciación que la escuela pública aseguraba, se diluye definitivamente. Cuidar y educar constituyen acciones de cobijo y de abrigo: la intemperie con su falsa seducción de espontaneidad, destruye identidades y libertades con vesánica crueldad. La neo-lengua de nuestro Gran Hermano refleja sin mediación alguna los despojos del ser humano cuando quien habla por ellos es la voz

del mercado. Sólo una gran revolución contracultural permite *des-cubrir* en el campo de la conciencia individual y de las relaciones sociales tanta pérdida del deseo de hablar, comunicarse y cuidar. Producir discrepancia frente a la indiferencia y el desamor, hacer crítica la neo-lengua de bajo costo, funda otras hermandades no espectaculares que reconfiguran el arte de las tramas que el cuidado humano propicia y favorece. La magnitud de la indiferencia y el desamor ha desplazado de la intersubjetividad a la política un problema nuevo que asecha a todas las infancias.

Todos los niños vienen de muy lejos para estar cerca de nosotros; su esfuerzo nos interpela para devolverle arte a la experiencia humana de vivir, cuidar y aprender. Fallarles es ser indulgentes, complacientes y redundantes. La solidaridad intergeneracional implica políticas de cuidado para aprender a elegir ambientes nutricios, personas no *etiquetadas*, ideas que produzcan más ideas, objetos que no nos esclavicen. Para ello, la escuela debe proveer ingreso a una comunidad de lectores y lecturas, de juegos y jugadores, de arte y artistas, de ciencia y científicos. Hoy ese proceso se llama desanestesiarse: cuidar/enseñar interpela el embotamiento de la percepción derivado de la sobrestimulación tecnológica y mediática, con el inevitable eclipse de la imaginación y la alegría del pensar y del sentir. Un vínculo estético con las nuevas generaciones implica despertar de la anestesia, entendida como la negación de toda estética.

Volver a hablar más allá de la voz *hermana* del mercado implica recuperar tiempo de conversación y diálogo, procesos y turnos del hablar colaborativo aumentando la capacidad de relacionar lo no relacionado aún, con la ampliación del campo léxico y los horizontes compartidos de la lengua. Solo cuidando el patrimonio intangible de nuestra lengua advertiremos estar habitados siempre por más de una, deslizándonos por la indeterminación de los significados y la incesante creatividad metafórica. Esa riqueza implica aprendizaje, apertura, acompañando a cada palabra hasta la frontera de lo que pueda decir y recuperando el silencio que serena y devuelve a su propia fuente la productividad del sentido. Hoy la palabra se anida en los imaginarios tecnológicos –SMS, *chats*, *webs*, *emails*, *blogs*– aumentando las lenguas de bajo costo con mensajes cortos, textos oralizados y vocabulario del deseo publicitario. Junto con las realidades virtuales están las infancias como mayorías inaudibles, niños cuya palabra no logra articularse para ser escuchada y recuperada; la escuela no puede normalizar esta resignación cultural. El cuidado de la palabra permitirá explorar nuevos ambientes de conocimiento e investigación devolviéndole a la curiosidad su valor cognitivo mediante la expropiación del voyeurismo mediático. La mercantilización generalizada de la vida privada, del trabajo y la palabra constituyen el mayor agravio a la condición humana ya que impiden construir y anticipar futuros, inhibiendo el potencial de alteridad que la presencia del otro despierta en el diálogo directo donde es posible la donación mutua de sentidos y existencias.

En la escuela podemos volver a honrar a todas las infancias para que la intensidad de la época ingrese a la vida cotidiana, fortaleciendo las identidades sociales, dignificando los legados y volviendo a contar la siempre abierta historia que renace con cada generación.

Cuando la sociedad argentina dejó de cuidar tácitamente a sus nuevas generaciones, la escuela dudó de su tarea, dudó de su oficio de cuidar educando. Cuando la tarea de cuidar estaba distribuida en el conjunto de la sociedad, educar era una tarea más sencilla; así lo fue durante gran parte del siglo XX. El niño pequeño se sentía cuidado desde su hogar. El mismo tránsito por la ciudad tenía múltiples padres, múltiples filiaciones transitorias, muchas miradas que afectivamente lo cuidaban. Ese mundo donde los niños podían sentir intangiblemente el cuidado del adulto, es el mundo que hemos perdido. Cuando grandes mayorías sociales dejaron de reconocerse, dudaron de sus seguridades ontológicas y no pudieron entender lo que les pasaba, política, social, laboral y tecnológicamente, la violencia sustituyó al cuidado. *Cuidar requería y requiere conocimientos ensamblados, saberes de muchas tradiciones, trabajos sostenidos en el acervo transmitido por la memoria de múltiples generaciones de docentes.*

Recuperar el poder del cuidado es recuperar un nuevo contrato con la infancia; el contrato exige una reflexión a las delegaciones múltiples que los adultos estamos haciendo con los niños a favor de productos sustitutos. La televisión pasa pero los niños quedan portando miles de horas no elaboradas, no digeridas en sus cerebros, en sus cuerpos y en sus corazones.

Al cuidado le ha pasado lo mismo que a la pobreza, la desigualdad y la exclusión social; al cuidado lo han inmovilizado en fronteras dispersas. Tenemos que hacerlo fluir, tenemos que ponerlo en red, tenemos que invitar a que cada niño tenga no menos que 5, 7, 10 adultos que se interesen por él, a los que le importen sus vidas, que estén conectados profundamente con la única y propia luz que ese niño trae al mundo. Necesitamos más adultos por niño porque el desamparo, la desprotección y la soledad en que viven están haciendo muy vulnerables sus procesos de crecimiento.

La movilización del cuidado, la sociedad que se moviliza por el cuidado de sus alevines irreverentes es una sociedad que no consiente que ningún niño no tenga un lugar, un aula, una mesa donde compartir los bienes materiales e intangibles con otros significativos.

El nuevo contrato con la infancia necesita también recuperar la centralidad de la lectura, su musicalidad como el juego irradiante de la cultura. Necesitamos recuperar la potencia de la imaginación que la lectura brinda y el acceso a los mundos posibles a los que la lectura los lleva. Y ese juego irradiante es también una respuesta a recuperar la idea de proceso, de disfrute, de goce, de los caminos lentos, de la serenidad, de los espacios silenciosos y cuidados. Los chicos necesitan más soledad y menos aislamiento. La lectura solitaria o con otros es una manera de responder con pluralidad, con inteligencia afectiva a un niño que está allí aguardando.

El juego, igual que la música, nos conecta y nos hace resonar con otras alteridades, con otras maneras de inscribirse en el mundo, en el tiempo, nos hace ser otros, siempre y en cada oportunidad en que el juego y sus reglas mágicas se establecen. Juego y trabajo como cuidado y educación van juntos y se acompañan desde la primera infancia. Juego y trabajo crean el único lazo infantil que conocemos como valioso, como profundo, como perdurable en el tiempo. Socializar a los niños en esa articulación mágica que es educar y trabajar y aprender con actos dirigidos y reglados afines, es también una posibilidad real de cuidar y cuidarnos; los adultos también necesitamos cuidarnos entre nosotros; necesitamos recrear

instancias de cuidado institucional. Sabemos, nos consta que las instituciones sufren, producen sufrimiento. Los niños lo saben, y muchos lo callan pero lo somatizan y lo incorporan en sus registros de sensibilidad. Si los adultos y las instituciones pudiéramos generar políticas de cuidado entre nosotros disminuyendo el sufrimiento innecesario haríamos por los niños mucho más de lo que imaginamos. Las escuelas son tejidos vinculares y cualquier hilo dañado afecta a toda la trama.

Asimismo, un nuevo contrato con la infancia exige aumentar las mediaciones, añadir y agregar intereses al diálogo intergeneracional. Necesitamos abrir el juego de las mediaciones, incorporar nuevas voces que salgan del coro y se sumen a la responsabilidad pública por la infancia. Reducir la violencia significa aumentar el rango y la calidad de las identificaciones posibles. La violencia se incrementa cuando las mediaciones desaparecen o son inexistentes y el diálogo es solamente interpersonal, derivando en muchos casos en un vínculo entre víctimas y victimarios no regulado por el deseo de la transmisión de la cultura.

El trabajo de cuidar y educar siempre está atento a que lo inédito nos visite e ilumine y nos vuelva a estremecer. Tomás Segovia lo dice:

Porque no hay que ir allá buscando nada
Hay que esperar aquí
Haciendo la morada los unos a los otros
Para que venga sola y libre la belleza
A vivir entre nosotros.

Bibliografía

Segovia, Tomas, “Mientras”, y “Celebrativo”, en *Llegar* (poemas 2003-2006), Valencia, Pre-Textos, 2007.

Rafael Gagliano

Licenciado en Letras y Profesor de Historia. Docente e investigador de la UBA. Vicepresidente 1º del Consejo General de Educación, DGCyE, provincia de Buenos Aires. Director ejecutivo de la asociación civil Alternativas Pedagógicas y Prospectiva en América Latina (Appeal).